

Excusas  
para no  
pensarLOS LECTORES PREGUNTAN  
A EDUARDO FUNSET¿Cuál es  
el origen del  
lenguaje?

LUIS F. M. MADRID

Cuando dos enamorados se dicen «te quiero», dan por sobrentendido que comparten idéntico deseo y también vínculos que obligan frente a los demás. El uso de las palabras «te quiero» presupone la existencia de una sociedad –la de nuestros antepasados, posiblemente más que las de ahora– en la que hay protocolos, ritos, vínculos mutuos derivados del afecto y la relación sexual, respeto recíproco. En cierto modo, impera la ley basada en un contrato colectivo de confianza mutua y no en el poder de unos pocos sobre los demás.

Hablamos porque en un momento dado de nuestra evolución se consolida una verdadera revolución social. Es la sugerencia de un antropólogo llamado Chris Knight. Hasta ahora no habíamos salido del debate en torno a la naturaleza innata, genética, cognitiva o cultural del lenguaje.

¿Por qué creo que Chris Knight ha dado en la diana? Para que el lenguaje se desarrollara, tal vez hizo falta un gen. Pero siendo importante, no fue lo esencial. Lo tienen muy difícil todos aquellos que

se esfuerzan en dar con lo que verdaderamente nos distingue del resto de los animales. Es posible que después de tantos fracasos –se ha recurrido a la capacidad de fabricar herramientas, al poder simbólico y a la comunicación, entre otros– estemos atisbando la realidad.

A los chimpancés les basta con mover el cuerpo para dar señales de agresividad o de hambre. Los humanos pueden utilizar también el lenguaje corporal: el tono de la voz, los ademanes y la mirada de los ojos dan cuenta hasta de un 60 por ciento de los contenidos que transmiten. Pero ese lenguaje gestual es el reflejo de una verdadera revolución social previa, al tiempo que el precursor del lenguaje de los humanos.

Sólo cuando un colectivo ha desarrollado un espíritu de cooperación con los demás, ritos centrados en los vínculos contraídos por el sexo, la política o la vida social, es decir, ha creado un protocolo de conducta que auspicia pasos en un determinado orden, sólo entonces aparece el lenguaje indispensable para sellar ese tipo de compromisos y de sociedad. «De acuerdo», se dice, sabiendo



FOTOGRAFÍA: MARK G. PETERS

Sólo cuando  
un colectivo  
ha desarrollado un  
espíritu de  
cooperación  
aparece el  
lenguaje  
para sellar  
ese compromiso

que con estos dos vocablos se consagran vínculos sociales. «Te quiero», se dice, conscientes de que el amor transita respetando y haciendo respetar normas frente a los demás, al igual que las señales de tráfico en una ciudad. Ese conglomerado de factores institucionales surgidos del ánimo de cooperar con los demás existe porque, colectivamente, no se duda de su existencia. El lenguaje no habría podido surgir sin esa regulación o moral previa.

No obstante, en la vida

moderna se utiliza el lenguaje sin miramientos por el caudal social que lo vio nacer. Suele ser un lenguaje grosero, lleno de improperios para no colaborar, sin referencia al tacto, al respeto del protocolo, a los vínculos contraídos, a la confianza mutua. Se diría que en las sociedades modernas la sugerencia del antropólogo Chris Knight no tiene sentido.

Y, sin embargo, lo tiene. Ninguno de los sinsabores de la comunicación moderna invalida las tesis de su origen. Los chimpancés siguen sin nuestro tipo de lenguaje, porque nunca tuvieron la reglamentación moral que dio curso al mismo. ¿Se puede, en cambio, perder el tacto, la delicadeza, el ánimo de salvar las apariencias, el respeto mutuo, el imperio de la ley basada en el consentimiento colectivo, sin perder la capacidad de hablar? ¡Claro que sí! Estamos refiriéndonos al origen del lenguaje. Otra cosa es el debate sobre sus propósitos variados; una cuestión mucho más conocida y experimentada. Una vez creado, se produce una transmutación y el lenguaje –por lo menos en sociedades como las nuestras– puede servir para confundir a los demás en mayor medida que para sellar compromisos aparentemente olvidados. ■

Si quiere participar en esta sección, envíe sus preguntas a **XLsemanal**. Excusas para no pensar". Calle José Abascal, 56. 28003 Madrid o a [xlsemanal@tallerdeeditores.com](mailto:xlsemanal@tallerdeeditores.com)